

el movimiento estudiantil de México

Por Humberto Musacchio

El movimiento de 1968 ocupa ya un lugar en nuestra historia. A pesar del subjetivismo que lleva a calificarlo de "algarada sin importancia" o "simple motín callejero", está en la mente y en las actitudes de todos los que se preocupan por el futuro del país. Es, pues, del todo lógico, que se le hayan dedicado tantos estudios; sea para denigrarlo o para defenderlo, existen más de una docena de libros e innumerables trabajos publicados en revistas de México y del extranjero donde cada autor presenta sus conclusiones.

De entre todos ellos, el más amplio, es el recientemente aparecido bajo el sello de Era, en el cual Ramón Ramírez Gómez entrega en más de mil páginas, repartidas en dos tomos, su contribución al esclarecimiento de un fenómeno que seguirá dando que hablar durante muchos años.

La obra consta de tres partes: análisis, cronología y documentos. Salvo algunos pasajes de la cronología, los puntos de vista del autor los encontramos en el análisis. Ahí se tratan las cuestiones centrales: desde la caracterización más general de los movimientos estudiantiles, hasta las posibilidades abiertas y procesos a los que dio lugar el de México, sin omitir el papel jugado por organizaciones e individuos que Ramón Ramírez considera importante destacar.

Un esbozo de las condiciones económicas y políticas que vivía el país al irrumpir el movimiento, es indudablemente, la omisión más notable. Para comprender mejor lo sucedido por esos días y las perspectivas que abre, es necesario partir de un análisis, aunque sea somero, del estado que guardaba México. La causa de que no se haya incluido, radica, según nos lo confió el mismo investigador, en los problemas técnicos que presenta la edición de un trabajo tan voluminoso.

Las corrientes que expresan posiciones a la izquierda del Partido Comunista Mexicano no son consideradas, salvo lo expresado en tres cartas de Rico Galán y un documento del MIRE (Movimiento de Izquierda Revolucionaria Estudiantil) firmado por sus presos. Explica el autor que se debe al uso exclusivo de informaciones verificables aparecidas en periódicos o revistas con pie de imprenta. Sin embargo, ello hace aparecer al PCM como la única tendencia de las llamadas marxistas que se manifestó en el movimiento, fuera, claro, de los vituperios del PPS y la FNET contra trotskistas y maoístas.

A pesar de que a los enterados les resulta fácil advertir el enfoque anticapi-

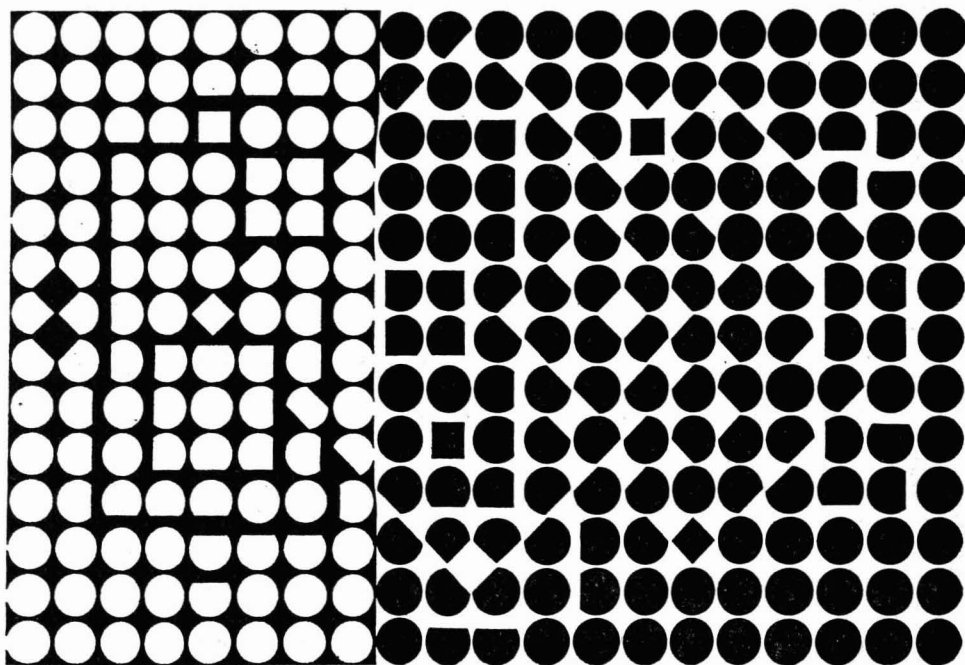
talista de la obra, éste se percibe, más que nada, por alusiones a terceros o en párrafos breves carentes de énfasis y profundidad que, por otra parte, entran en contradicción con ciertos pasajes. Así pues, la pretensión de enfocar la obra desde un ángulo marxista se ve frustrada. Dos citas nos permiten demostrarlo. Por una parte, afirma que, "lo que define a cualquier movimiento político social es su propósito, y que, en la época actual, no hay acción, provenga de los estudiantes, de los obreros o de los campesinos, que en su proceso no se enfrente con la estructura del sistema económico capitalista..." Más adelante, valiéndose de lo dicho por un especialista norteamericano, da por cierto que "la radicalización de la juventud y en particular de los estudiantes, se produce en ausencia de un ascenso masivo de la clase obrera". Con lo anterior, se puede concluir que las contradicciones de clase no tienen una influencia directa y determinante, aun cuando los movimientos van en contra de la estructura; aparte de que, tomada literalmente, la segunda cita nos lleva a suponer que la rebeldía juvenil se produce por generación espontánea.

Hay páginas de gran lucidez, donde encontramos los rasgos que definen a los movimientos estudiantiles de esta época. Los podemos resumir señalando su orien-

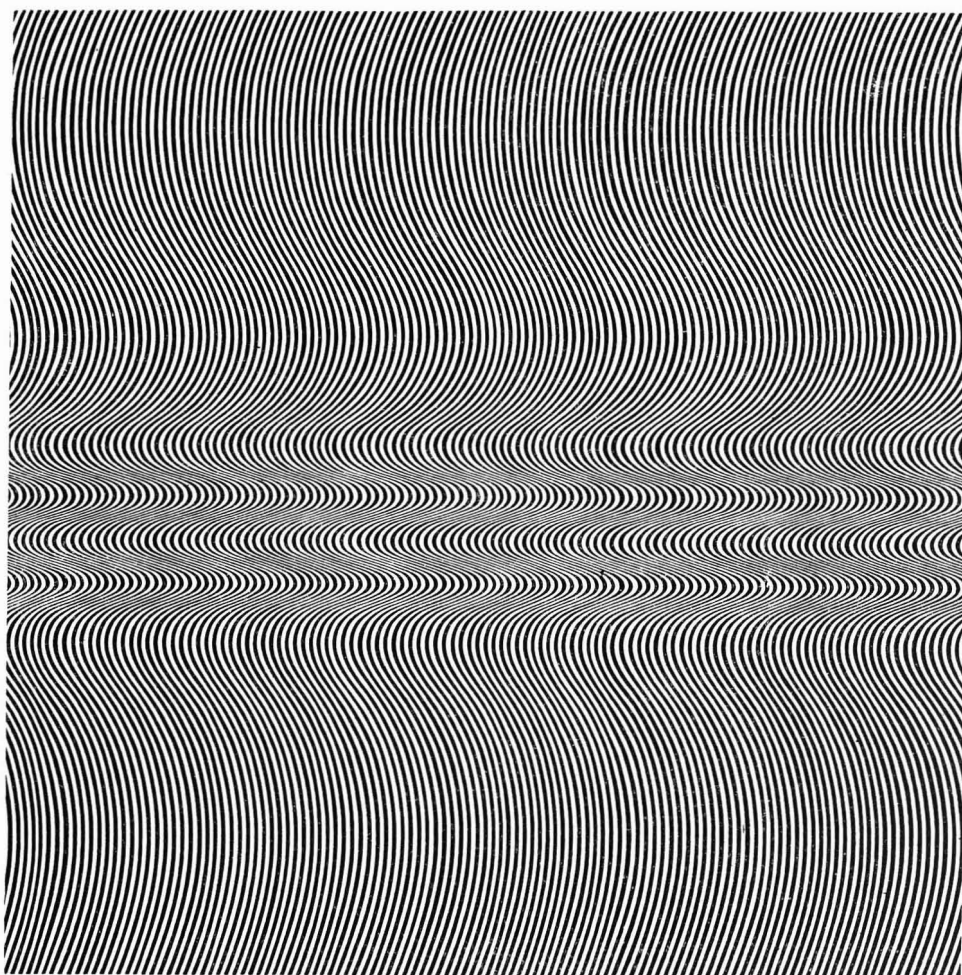
tación "progresista y democrática"; su anticapitalismo y antimperialismo; el papel de vanguardia transitoria y, un hecho descubierto con gran agudeza: las reivindicaciones de sector se convierten en demandas que confluyen con las de los trabajadores.

Con certeza enumera las causas que los producen. Menciona entre otras: el gran número de jóvenes que estudian y su concentración en enormes centros educacionales; las trabas que impone el sistema a la iniciativa personal o de grupo; el futuro incierto de quienes van a servir al capital en calidad de asalariados, a lo que agregaríamos de paso, la colocación intermedia que, a su vez, contribuye a la explotación de personal menos calificado; y, la actual correlación de fuerzas que empuja a los sectores en transición a orientarse hacia la clase que tiene más proyección histórica.

Respecto a las perspectivas de ampliar el régimen de democracia que existe en México, hay cierta confusión. Vale aclarar que el régimen de democracia burguesa no es el mismo en todas partes y que existen grados que dependen —sobre todo—, de la situación que guarda la clase dominante respecto del nivel de participación del resto de la sociedad, en especial de los obreros. Lo que interesa en este aspecto es la definición imprecisa de la burguesía nacional y de su sector nacionalista. Dice RR que la burguesía nacional "está en proceso de absorción por otras fuerzas de la misma burguesía que, de una manera u otra, están ligados a los propósitos e intereses del imperialismo norteamericano." De ahí que adquiera importancia dejar claro que la *burguesía nacional* es la clase en su conjunto y, *nacionalista* es el sector que, descalificado



—Victor Vasareli



—Bridget Riley

para competir en el mercado internacional, se ve obligado a ampliar la demanda interna para no impedir su desarrollo. Esto lo lleva a combatir al imperialismo y apoyarse, mediante aperturas democráticas, en amplios sectores campesinos y de la pequeña burguesía, utilizando líderes e ideólogos propios o provenientes de esas capas.

Todo un apartado se dedica a los cambios necesarios que deben sufrir la Universidad (las universidades) y otros centros de educación superior. Se resumen las preocupaciones del autor en cuatro puntos, todos ellos encuadrados en el logro de una mayor democracia y la desaparición del autoritarismo: "a] Relaciones entre maestros y alumnos; b] Cambios en los métodos de enseñanza; c] Autonomía Universitaria —plena— y participación —mayor— de los estudiantes en el gobierno de la Universidad; y d] La función de la Universidad en el proceso social."

El último inciso recuerda el caso de Topilejo, donde las brigadas de asistencia médica, jurídica, agrícola, etc.; cumplieron un interesante papel, junto a las que promovieron las cuestiones específicamente políticas. Además de la utilidad inmediata en esos días, presentan experiencias que, debidamente aquilatadas, servirán para un contacto mayor en amplitud y efectividad entre cada centro educativo y la sociedad.

La actuación del Consejo Nacional de Huelga es vista a través de lo que el autor considera sus aciertos y errores. Entre los primeros, señala lo que a juicio de muchos fueron debilidades, como el afán legalista y el funcionamiento interno; o bien, le abona el contacto con la opinión pública, la formación de los comités de lucha populares, las asambleas de padres, la organización de las grandes manifestaciones y su carácter democrático; todo esto, producto más de la decisión del grueso de los estudiantes que de la capacidad de los delegados al Consejo. Agrega que registró un marcado anticaudillismo y que mantuvo "sin la menor claudicación el pliego petitorio."

Asienta como errores: "no haber incrementado el esfuerzo para facilitar el diálogo con las autoridades"; "no haber ampliado el programa inicial de los seis puntos con reivindicaciones obreras"; "no haber precisado el tipo de Universidad que debe prevalecer en este momento en todos sentidos" y admite que las fallas más obvias se registraron a partir del 14 de noviembre.

Si por desgracia el CNH representa algo intocable para la gran mayoría de los estudiantes, tanto como para sus detractores, lo correcto es estudiarlo críticamente como se atrevió a hacerlo Ramón Ramírez aunque pongamos a discusión sus apreciaciones. El caudillismo, lejos de estar ausente, fue una lacra que se mani-

festó en actitudes egocéntricas de ciertos delegados con más interés en aparecer en la prensa, que en adoptar actitudes responsables. Sobre si hubo claudicación o no para sostener el pliego petitorio, habríamos de recordar las pláticas secretas en lugar del diálogo público, y no en torno a los seis puntos, sino a tres que cabían en los iniciales. Ante eso, nadie puede afirmar que faltara flexibilidad, la hubo, y mucha más de la que se hubiera tolerado por las asambleas de agosto y septiembre.

En lo que toca a la ampliación del pliego inicial, no está por demás insistir en que era *petitorio*; esto es, no constituía un programa con todas sus implicaciones organizativas. De modo objetivo, los propios estudiantes hicieron suyos otros puntos en el curso del movimiento, baste tener presente que se iba a las fábricas a pedir solidaridad predicando con el ejemplo. Por supuesto, el CNH se dio por enterado después de muchos días, hasta el 9 de septiembre, de que su base había salido de las escuelas a hacer algo más que informar: los brigadistas llamaban a la organización.

Sería injusto medir con el mismo rasero a todos los delegados. Lo que importa es saber qué corriente política es la principal responsable de los errores. Como el libro no menciona la línea seguida por tendencias a la izquierda del PCM, se hace difícil precisarlo; más, con todo, basta analizar los documentos del propio PCM para tener una idea, bastante aproximada, de la actuación tenida por la organización política con mayor número de delegados al CNH.

Resulta, pues, extraño, que Ramón Ramírez se refiera a él como "el único partido de clase obrera existente" y afirme, sin demostración, que sustenta "una justa línea en relación a los problemas nacionales." Una línea justa es aplicada resueltamente hasta por el último militante de un partido y se recibe con satisfacción por lo que se supone son sus bases de apoyo.

En el mismo análisis hay muchísimos puntos más que seguramente levantarán controversia. Hemos atendido a lo que nos pareció más importante, pero eso no significa que otras partes del libro, como la cronología o el volumen dedicado a reproducir documentos, carezcan de interés histórico y polémico. Es un material que debe estudiarse con detenimiento por todo lo que significó el año 1968. El rigor indispensable para abordar el análisis de un trabajo tan serio, se verá compensado por la recreación de aquellos momentos, con todo su ímpetu, su grandiosidad, su dolor y su gloria; que el autor ha sabido retratar con disciplina y vehemencia en cada página de este libro que seguramente tiene ya ganado su lugar en la biblioteca de quienes consideran la política como una ciencia.

Ramón Ramírez, *El movimiento estudiantil de México, Julio-diciembre de 1968*. Ediciones Era. México, 1969, t. I, 553 pp. t. II. 522 pp.